

LA BANDERA CARLISTA

DIOS—PATRIA—REY.

SECCION DE NOTICIAS.

Secretaría de Estado y del despacho de la Guerra.

Real decreto.

Deseando dar una prueba del aprecio que me merecen los servicios de los jefes, oficiales é individuos de tropa prestados en los bombardeos que han tenido lugar últimamente en varios pueblos del litoral de Vizcaya y Guipúzcoa por los buques de la escuadra enemiga, y á fin de perpetuar la memoria de estos hechos en defensa de la costa,

Vengo en decretar lo siguiente:

Artículo 1.º Se crea una medalla conmemorativa con el expresado objeto, cuyo modelo se circulará oportunamente.

Art. 2.º Tendrán derecho á esta condecoracion todos los jefes, oficiales é individuos de tropa de los cuerpos que componen este ejército que hayan asistido á la defensa de los diversos puntos de la costa atacados por los buques enemigos, así como los de la clase civil que hubiesen prestado distinguidos servicios durante dichos bombardeos.

Tendreislo entendido y dispondreis lo necesario para su cumplimiento y ejecución.

Dado en mi cuartel real de Guernica á 22 de Agosto de 1875.—Yo el Rey.—Está rubricado de la real mano.

—El ministro de la Guerra interino, *Joaquín Lluchanera*.
—Al secretario de Estado y del despacho de la Guerra.

Circular.

A fin de resistir la continúa accion de la prensa liberal, que sin mirar por su propio decoro, maneja la calumnia y la mentira contra el partido carlista, esta Comisaría régia vé con gusto que se ha fundado un periódico, que ha de ser órgano oficial en Madrid, tanto del Gobierno de S. M. como de este Centro Directivo.

Escito, por tanto, el celo de V. S. para que en cuanto le sea posible active y propague la suscripcion de LA BANDERA CARLISTA, seguro de que en ello se interesa el servicio de la causa.

Dios guarde á V. S. muchos años.—Madrid 18 de Setiembre de 1875.—*El Comisario régio*.—A los señores Comandantes de armas, Inspectores de distrito y demás dependientes de la Comisaría régia de Madrid.

SECCION NO OFICIAL.

PIO IX, ALFONSO XII Y CARLOS VII.

El que desconociere la fuerza, el valor y el poder del tiempo, podrá ser muy buen ciudadano, un buen hombre, quizás un sábio; pero ese tal no debe mezclarse ni pensar en política.

Como prueba de lo que en esta difícil ciencia ó arte vale el tiempo, recordemos aquellas hermosas esperanzas que la entonces recién nacida monarquía alfonsina quería hacer concebir á la Iglesia á fin de atraerla á su devoción.

«Si la Iglesia—decía Cárdenas á los Obispos de España—ha padecido con la nacion española los males sin cuento de estériles trastornos políticos, con el advenimiento al trono de un ilustre príncipe, católico como sus preclaros antepasados, y decidido á reparar en cuanto sea posible los daños causados, debe esperar días bonancibles y de mayor ventura. La proclamacion de nuestro rey D. Alfonso XII, siendo el verdadero término de aquellos, será por lo mismo el principio de una nueva era, en la cual se verán restablecidas nuestras buenas relaciones con el Padre comun de los fieles, desgraciadamente interrumpidas por las injusticias y los excesos de estos últimos tiempos; se procederá en todo lo que pueda afectar á estas reciprocas relaciones con el consejo de sábios Prelados y de acuerdo con la Santa Sede; y se dará á la Iglesia y á sus ministros toda la proteccion que se les debe en una nacion como la nuestra eminentemente católica.»

Las promesas no podian ser mas lisonjeras, porque la Iglesia no puede estar, respecto del Estado, en mejor situacion que en la de la proteccion debida por un país católico: esto se le ofrecía ¿podía desear otra cosa?

Pero ¿qué mas? no solo esto decia un ministro de la corona; sino que el mismo jefe del Estado, en solemnes instantes, cuando ante sí tenia las aguerridas huestes que allá en el Norte tremolan nuestra bandera, exhortándoles á abandonar la guerra, les decia: «¿Qué motivos teneis para proseguirla?... Si ha sido la fé religiosa la que ha puesto las armas en vuestras manos, en mí teneis ya un Rey católico como sus antepasados, y en todas partes recibido por los Cardenales y los mas piadosos Prelados, como el reparador de las injusticias que ha experimentado hasta aquí la Iglesia, y una de sus mas firmes columnas en lo porvenir.»

¡Oh! y que grandes políticos son nuestros voluntarios; que á semejantes palabras de niño supieron dar su justo valor en la jornada de Lácari! Pero prosigamos la historia.

Cuatro meses despues, el Nuncio apostólico presentaba sus credenciales á D. Alfonso, y le decia que, á parte del cumplimiento de un deber, el propósito del Padre Santo no era otro sino elevar de su abatimiento á esta porcion de la católica grey, y reparar tantas desventuras como ha sufrido en años de funestos trastornos; no olvidándose de añadir despues: «su religiosa piedad (la de D. Alfonso) y adhesion al Vicario de Jesucristo contribuirá eficazmente al feliz resultado de mardua tarea, haciendo de este modo mas intimas y duraderas las relaciones entre esta corte y la Sede Apostólica.» No se debe olvidar que el Arzobispo de Calcedonia concluyó su discurso espresando su firme conviccion de que la unidad católica era la joya mas brillan-

conciliación de la Iglesia, de quien *es hijo*, con la nación que pretende regir y no gobernar; permite que se ultraje á esa su Santa Madre, en la persona del Papa y en la de sus representantes; consiente en perder «la joya mas brillante de su corona y la base mas sólida del Trono» español; y accede á lo que «almas de innobles y depravados sentimientos le exigen,» á aquello que «únicamente es dado conceder á los gobiernos poco estables y á los tronos que, faltos de firmes y sólidos cimientos, y en alianza con la revolución, temen derrumbarse disgustándose.» En una palabra; todos estos hechos dicen que ese infeliz príncipe mintió delante de los héroes de Navarra, como ha mentido delante del Nuncio, como ha mentido á la faz de la nación.

Mas tambien los hechos dicen que Pío IX no ha podido hacer mas por la salvación de España: él accedió á que viniera Mons. Simeoni para poner remedio á los males de la Iglesia en nuestra patria: él, benigno, ha admitido á los presentados para las mitras vacantes: él, en una palabra, ha cumplido lo que hizo decir á su embajador, es decir, que su propósito era «tender la mano á esta nobilísima porción de la católica grey, á fin de levantarla de su abatimiento, y de reparar tantas desventuras como ha sufrido en años de funestos trastornos.» Culpa no es del Padre Santo que la monarquía alfoncina no quiera levantar al país del inmundo lodazal de la libertad de cultos.

Pero aun los hechos dicen otra cosa mas grande. ¿Quereis saberlo? Pues oid, católicos de España y fuera de España, oid. Dicen los hechos que entre ese partido, que ha fundado la monarquía alfoncina, y no acierta á dar al país ni paz, ni ventura, ni creencias, y el Vicario de Cristo que quiere dar á España la unidad y la fuerza que la hizo alcanzar el primero y mas dilatado imperio del mundo, hay otro partido en armas que resiste la acción del tiempo, combinada con la de la traición, la de la perfidia, la del oro, y la del número en elementos de guerra: ese partido tiene hace tres años en las montañas del Norte enhiesta la bandera, en cuyos pliegues ondean las tres sublimes palabras que forman nuestra epopoya nacional: Dios, Patria y Rey; y ese partido proclama á Carlos VII, que se ha inclinado ante el Concilio del Vaticano; cuando no lo ha hecho aun ningun poder de la tierra; á Carlos VII que poco tiempo há oficialmente ha abandonado la rancia regalia del pase régio; á Carlos VII, en fin, que no tiene, ni tener puede otra bandera que el *Syllabus*, código santo de todo poder que se llama católico.

Ahora bien; vosotros, decidnos. Si España ha de ser católica, y el Papa no puede hacer que continúe siéndolo; porque el liberalismo español quiere atarle las manos con las pesadas cadenas del regalismo: si España ha de ser la nación de Lepanto y de Otumaba, y el Papa no puede hacer que sea, porque el liberalismo alfoncino se lo impide: si España, en fin, no puede «levantarse de su abatimiento,» porque se rechaza al Papa que pretende levantarla; ¿quién salvará á España? ¿quién la levantará de su postración? ¿quién? aquel que ha dicho: «la

fé salvará á España... España está resuelta á conservar á todo trance la unidad católica, símbolo de nuestras glorias, espíritu de nuestras leyes, bendito lazo de union entre todos los españoles.» ¿Quién? aquel que dijo: «España no quiere que se ultraje ni ofenda la fé de sus padres; y poseyendo en el catolicismo la verdad, comprende que, si ha de llenar cumplidamente su encargo divino, la Iglesia debe ser libre.»

Dudar de la habilidad de *El Imparcial*, sería faltar al sentido comun; pero su odio á la Iglesia le hace á veces decir cosas que no abonan su fama.

Con dañada intencion y, á lo que dice, «para que se vea como aquellos de nuestros antiguos soberanos, cuya piedad y devoción son mas notorias, respondian á las invasiones de la autoridad religiosa en lo que tocaba á su poder y á su derecho, publica una carta del Rey D. Fernando el Católico al virey de Nápoles, mandándole ahorcar, si es habido, á un legado del Papa Julio II.

Lo que es por esta vez la destreza de *El Imparcial* ha fracasado. Mal se compadece el que, al decir de Quevedo, el Rey Católico «escribió con templanza», pues en la línea siguiente asegura que «azoró el estilo y enfureció la nota.» Esperamos que nos diga el periódico de la Plazuela de Matute como se adunan la templanza y enfurecimiento.

Además, si ese periódico cumpliera con los deberes de su nombre, nos hubiera debido añadir que el mismo Quevedo confiesa que en la referida nota hay «palabras que por su desabrimiento él queria olvidar;» que hay tambien «falta de jurisdicción» en aquello que amenaza y por último, «confiesa que esas palabras tienen bizarria peligrosa» y «dictólas el enojo.»

Efectivamente; solo el enojo pudo cegar al Católico Fernando hasta el punto de que faltara al Vicario de Cristo y á su señor feudal; porque ha de saber *El Imparcial* que desde la caída de los Hohenstaufen el reino de Nápoles era un feudo papal, y bajo este concepto Pío III dió su investidura al Rey Católico. Así, por tanto, al escribir éste su carta al Conde de Ribagorza, no solo faltaba á sus deberes de príncipe católico, sino se acreditaba de súbdito rebelde.

Deseamos á *El Imparcial* mas tino y acierto en escoger ejemplos.

Cayó el ministerio Cánovas, y la guerra está en pie: así cayeron Sagasta, Castelar, Salmeron, Serrano, Topete y Prim, sin que lograran ver abatida nuestra enseña tremolada por D. Carlos VII. El ministerio actual, á juicio de todos, tiene poca vida y menos resistencia, y muchísimo menor apoyo, pues al fin le falta el de la conciliación, rota con la salida de Cánovas.

No alardeamos de profetas: únicamente hacemos constar que D. Amadeo reinó dos años, tuvo nueve ministerios, y no pudiendo acertar con el juego de las instituciones, hubo de tomar el camino de Italia.

Ahora preguntamos: dada la fuerza de la monarquía alfoncina, y su mala mano para zureir voluntades, ¿alcanzará los años de la monarquía saboyana?

Todos los dias nos llenan de fábulas los periódicos ministeriales anunciando incesantes y numerosas presentaciones, sangrientos y repetidos desórdenes, trabajos de zapa á favor de un convenio, y otras mil vulgaridades desacreditadas por el tiempo y por los hechos.

Nos consta de una manera indudable que, gracias á la política de esterminio del partido alfoncino, y á la inquebrantable fé de nuestros hermanos, el país vasconavarro, antes que someterse á D. Alfonso se proclamaria independiente, caso de que D. Carlos VII, envuelto en su gloriosa bandera, cayera postrado en el campo de batalla.

Ancianos y jóvenes, niños y viejos, hombres y mujeres todos en aquella tierra bendita gritan á una voz: «¿Querra á muerte al alfoncino! antes morir que ver profanado nuestro suelo por los enemigos de nuestros fueros!»